

YARON EZRAHI, *Imagined Democracies. Necessary Political Fictions*, Cambridge University Press, New York, 2012. 325 páginas.

En este libro Yaron Ezrahi examina los usos de la imaginación y de los imaginarios sociales en los fundamentos de los sistemas políticos. Más allá de los mitos están los imaginarios, representaciones sostenidas por los ciudadanos, que fundamentan el buen gobierno. El autor examina los modos de imaginar y crear estas visiones políticas, un proceso que incluye elementos diversos que influyen en el comportamiento colectivo. Lo que convierte a estos imaginarios en algo fundamental en la política es su capacidad para orientar la participación política y favorecer o socavar el apoyo a las instituciones públicas (p. 38). En la esfera política, lo que constituye el conjunto de efectos más notables de los imaginarios sociales es precisamente aquello que parece natural: los imaginarios más *reales*.

En su grabado de 1799, *El sueño de la razón produce monstruos*, Francisco de Goya (1746-1828) mostró su preocupación por la imaginación no controlada por la razón. El miedo a la imaginación ya había surgido claramente en las guerras religiosas de los siglos diecisiete y dieciocho, pues se asociaba al radicalismo y al exceso de fervor, actitudes que conducían a la violencia. En contraste, en la teoría política de Thomas Hobbes (1588-1679) se percibe una combinación de racionalismo y retórica, imaginación y persuasión. La compleja relación entre lo imaginado y lo racional aparece claramente en la obra de este autor, que entiende que las *Commonwealth* son una invención humana

para el buen gobierno, algo que requiere de un soberano o Leviatán que proteja al pueblo a cambio de su lealtad. Sus argumentos buscan ser convincentes y racionales gracias, en buena medida, a las metáforas que usa (p. 21). Hobbes expresa el intento por incorporar al pueblo entero en el pacto que sustenta al gobierno o Leviatán, una consecuencia de la tendencia del protestantismo a individualizar al ser humano. De ese modo, se forja una democratización que surge al poder considerar a los creyentes iguales ante Dios. Este proceso pasó al plano político como una debilitación de las jerarquías que regían la sociedad hasta la época de la Reforma (pp. 195-196).

Para Ezrahi, el pensador napolitano Giambattista Vico (1668-1744) entiende las creaciones de la imaginación humana no como un mero soporte a un argumento racional, ni como un simple artificio pedagógico, sino como las estructuras profundas y la sustancia misma del conocimiento y de la razón humana, las cuales crean las estructuras políticas. Para Vico los imaginarios no son tanto un reflejo de la realidad, sino más bien una causa de ella, una fuente con efectos reales en las formas de actuar de los seres humanos. Lo revolucionario del autor italiano es que en una era de cartesianos, lógicos y empiristas, mostró cómo tanto las imágenes como las categorías racionales influyen en nuestra forma de proceder (p. 24).

Vico critica el mundo empírico no por su obra tan fructífera en las ciencias exac-

tas, sino por su intento de extenderse a las humanidades sin tomar en cuenta que los seres humanos tienen aspectos no racionales, basados en imágenes y vocabularios que usan para crear mundos, y con los que organizan sus vidas en comunidad. Así, “[a] defender que la imaginación política del pueblo sea una fuerza en la historia, y una causa en los asuntos humanos, Vico concibió una teoría democrática de conocimiento político que sitúa explicaciones válidas de la política y la historia, no en ideas y logros de individuos únicos o héroes, sino en la imaginación creativa y en la conducta del pueblo” (p. 26)¹.

La perspectiva de este autor abre la puerta a cuestionar si la influencia humana en asuntos políticos se sitúa sobre todo en el ámbito no reflexivo, subconsciente o imaginativo, y qué responsabilidad tiene entonces el ciudadano en la actuación política si no es un ser enteramente controlado por lo racional. Para Ezrahi la respuesta se haya en el sentido común, que sería un campo más accesible al público que la pura reflexión racional o empírica. Es decir, el público funcionaría por medio de un sentido común que incorpora tanto elementos del mundo racional como de imaginarios políticos menos científicos. Para este autor, “[e]l poder del argumento de Vico se halla en la síntesis que logra entre su hallazgo de que lo imaginario es una de

las partes fundamentales y cruciales de la política, y el entendimiento de que está sujeto a cambios históricos” (p. 28)². Vico dejó atrás la idea medieval de que la naturaleza humana se mantiene constante a lo largo del tiempo; entendía que las diversas épocas históricas muestran cambios en los individuos. El estudioso podía interpretar el pasado según ciertos criterios, teniendo en cuenta que buena parte de la realidad social tendría sus raíces en el ágora de Atenas y en los mitos de la antigüedad.

El pueblo también entra en escena en la historia por medio de la esfera del sentido común, o lo que el autor denomina con el término de “imaginación reflexiva”, refiriéndose a lo que podemos entender como verdades evidentes por sí mismas e interpretables por cualquier individuo (p. 39). El método popular de inducción, según Ezrahi, parece llevar a un entendimiento público basado en hechos apenas constatados. Se debe a una expansión de la inducción como tropo flexible que acomoda maneras de evadir metodologías empíricas rigurosas. Este hecho lleva a percibir la realidad como neutra y dada, cuando de hecho está fraguada por un marco político, social o moral que la define de una determinada forma.

En la actualidad ya no es del todo plausible identificar al público como un agente político concreto, ni a la política como un

¹ “By vindicating a political imagination of the people as a force in history, as a cause in human affairs, Vico framed a democratic theory of political knowledge that locates valid accounts of politics and history not in the ideas and feats of unique individuals or heroes, but in the creative imagination and conduct of the people”.

² “The power of Vico’s argument lies in the synthesis he achieved between the claim that the imaginary is one of the main, crucial factors in politics, and the understanding that it is subject to historical change”.

objeto de estudio enteramente accesible y cuantificable (p. 133). Así, por ejemplo, en el tema de la violencia en los territorios ocupados de Gaza y Cisjordania, Ezrahi arguye que la legislación nacional no se aplica por completo en las zonas de colonos, por lo cual la violencia ejercida por estos puede quedar impune (p. 155). Este autor entiende como problemático todo uso que se haga de la fuerza sin una base legal adecuada, argumentando que incluso la violencia popular o democrática es una contradicción en sus propios términos (p. 157). Ezrahi examina también de manera sucinta temas tan candentes como el de la legitimidad de las monarquías actuales, algo que parece interesante repensar (pp. 162-165). La diferencia entre la institución de la monarquía y la persona del rey, una persona de carne y hueso, tal vez sea la clave en esta cuestión.

El autor israelí sostiene que la prensa es participe en crear una imagen ficticia de la política como algo razonable, objetivable, que se puede examinar de manera científica. Cada rama de las humanidades ha contribuido a la reificación de los imaginarios políticos, haciéndolos parecer como objetivos y racionales. Uno de los imaginarios que sustenta la legitimidad del sistema político sería la idea de que el poder deriva del pueblo, según enseñan las teorías de la democracia. En cambio, el judaísmo tradicionalmente entendía el locus de poder divino como fuera del universo humano, centrado en un templo, o incluso más allá, en otra dimensión (pp. 171-183).

Otro imaginario político que no se mantiene incólume en los últimos tiempos es la supuesta neutralidad del Estado. En relación con ello, el autor examina el tema

de los referendos y la posibilidad de que sean manipulados (p. 164). La teoría política establece que los referendos serán siempre la expresión de la *vox populi* pero, a su vez, pueden ser objeto de manipulación para crear una imagen ficticia de la voluntad popular. En tiempos pasados el público interactuaba con actores y músicos, expresando aprobación o rechazo a una obra teatral o musical, pero ahora se requiere un público silencioso, manso, individualizado. Del mismo modo, las democracias esperan que el público sea pasivo, dispuesto solo a emitir su voto cuando le toca, pero sin subir al escenario ni montar barullo entre actos. Las obras literarias, teatrales y musicales han evolucionado al mismo tiempo que la visión del individuo en sociedad, y que su concepción de sí mismo. Un repaso de varios medios artísticos como vehículos para comunicar la realidad nos lleva a una conclusión que se podría extender a la ciencia: la realidad se nos presenta mediatizada. Así, su imagen especular como reflejo de la realidad es poco veraz, pues la ciencia ha sido, según Ezrahi, una empresa guiada hacia la persuasión más que una simple versión objetiva de la realidad (pp. 259-297).

Este libro termina con un análisis del debate politológico entre comunitarismo y liberalismo. Es algo sorprendente ver que nos lleva en esta dirección tras doce capítulos dedicados a otros temas. El resumen que ofrece de estas dos posturas filosóficas resulta algo exiguo. El autor se decanta contra el comunitarismo tras mostrar una versión poco detallada de estas teorías. Ezrahi ve el comunitarismo como una amenaza frontal a la diversidad y al valor intrínseco del individuo. Esta visión le

hace temer que siempre derive en una mentalidad de grupo coercitiva. Por otra parte, la defensa que hace del liberalismo resulta algo confusa para el lector. Cabe entender que este debate, visto desde Israel, lleve al autor a una visión anti-comunitarista, pues el colectivismo de judíos ortodoxos parece abocado al enfrentamiento, sea con otros israelíes o con los palestinos. La postura del autor se presenta de manera coherente, dado su entorno, y tiene mérito el que haya examinado cuestiones de teoría política y las haya planteado dentro de su propia realidad existencial, buscando soluciones en este ámbito. La dificultad radica en que Ezrahi parece expresar conclusiones universalmente válidas extraídas de un contexto muy concreto. Dudamos que su propio argumento le exija tal salto. Su conclusión de que los colectivos apoyan la violencia más que los individuos parece, como mínimo, un tanto incongruente, pues podemos pensar en colectivos pacifistas o en países liberales donde el individualismo predomina junto con una tendencia a portar armas y a la militarización. Aunque el autor esté analizando con acierto el contexto israelí-palestino, parecen arriesgados sus intentos por extender esta realidad a conclusiones universales en el ámbito de la teoría política. Su forma de tratar cuestiones teóricas de manera extensa, pasando luego a hacer referencias breves a casos concretos de la historia o de la actualidad, hace que el texto sea más ameno; sin embargo, uno tiene la sensación de que los ejemplos históricos son tratados de forma incompleta.

Lo que resulta espinoso de este libro es el argumento tan delicado de que los imaginarios políticos se sostienen gracias al sentido común o “imaginación reflexiva” del público en general, y que existen poderes que influyen constantemente en los ciudadanos por esta vía. A pesar de la erudición del autor, no puede demostrar su argumento sino solo mostrarlo. Al final se vuelve un tanto escurridizo, pues es difícil saber hasta qué punto el público *se cree* todos los imaginarios de la democracia o de la política. Dado que este es un libro denso con multitud de citas, el lector se queda impresionado por el esfuerzo meritorio en mostrar las transformaciones de los imaginarios políticos y de sus fundamentos, pero no queda del todo claro cuáles son los imaginarios políticos populares que realmente importan. Esta obra intenta mostrar cómo ha evolucionado el sentido común, la imaginación popular y las creencias del vulgo. Sin embargo, uno se pregunta si el argumento no lleva a la reificación de aquello que se critica, pues la multitud de ejemplos y de autores citados no hacen más que incidir de diversas maneras en la cuestión de cómo el pueblo concibe los conceptos políticos de turno, y cómo esto hace que las democracias estén sostenidas en imaginarios desarrollados para sustentar una estructura política. Ezrahi se pregunta si los ciudadanos pueden elegir los imaginarios democráticos bajo los que conviven, sin mostrar cómo se podría evitar vivir supeditados a imaginarios que escasamente contribuyen a una democracia real.

DANIEL BLANCH